

The background of the cover is white, overlaid with a complex, abstract pattern of thick teal lines. These lines form a series of interconnected, irregular polygons and zig-zags, creating a sense of movement and depth. The pattern is most dense in the upper half and becomes more sparse towards the bottom.

EL LUGAR CONTADO | N.º 01

POR QUIÉN CALLAN LAS CAMPANAS Y OTROS CUENTOS DE LA HIRUELA

**Pilar Adón
Juan Carlos Galindo
Ana Merino
Benjamín Prado
Marta Sanz**

Por quién callan las campanas
y otros cuentos de La Hiruela

LA FABRICA

ÍNDICE

Vacas en la noche: a modo de prólogo	7
--------------------------------------	---

Por quién callan las campanas y otros cuentos de La Hiruela

Zanahorias Marta Sanz	9
--------------------------	---

Wendy en La Hiruela Ana Merino	15
-----------------------------------	----

La pieza sagrada Pilar Adón	23
--------------------------------	----

La muerte sabe a sal Juan Carlos Galindo	29
---	----

Por quién callan las campanas Benjamín Prado	35
---	----

VACAS EN LA NOCHE: A MODO DE PRÓLOGO

Es de noche, he quedado con Antonio, el alcalde del pueblo, en la Nacional I, en Buitrago de Lozoya, para llegar a La Hiruela en su coche. Solo hay 76 kilómetros desde Madrid, pero en transporte público son cuatro horas: el tiempo que se tarda en volar a Senegal. Es noviembre y hace frío, pero Antonio lleva la ventanilla abierta y asoma la cabeza de vez en cuando. Han echado sal a la carretera ante la previsión de nieve y las vacas salen a lamer la sal. Son casi negras e invisibles en la noche. Llegamos al pueblo. Hemos tardado una hora en hacer 26 kilómetros. El tiempo no cuenta cuando la nieve acecha. Mi casa estos días será la casa de la maestra, donde también estuvo el colegio. Desde hace más de cincuenta años aquí no hay maestras ni colegio. La chimenea arde con calma desde hace horas: la casa me recibe cálida, la gente también. Recibo un curso acelerado de cómo impedir que se apague o que se incendie la casa. Mantener el fuego encendido es un saber que nunca tuve. El fuego chisporrotea. Huele a hogar. Al día siguiente comienza mi tarea: escuchar.

Quién dijo que en un pueblo no hay nada que hacer. Comienzo el día con las clases de yoga con las mujeres del pueblo: hay dos modalidades: yoga de pie y yoga sentada, para las que tienen una movilidad limitada. Luego, nos vamos a hacer rosquillas a la casa de una de ellas y recibimos a Susi, el frutero verdulero, en la plaza del pueblo, donde ya suenan las campanas recién arregladas. Y por la tarde nos merendamos las rosquillas en el bar cerrado del pueblo con un café que alguien ha traído en un termo. Y tras la dulce merienda, paseo hasta la poza que en otro tiempo albergó el agua que regó los campos cultivados, hoy monte comunal. Y mientras, escuchar y escuchar: las historias del padre y el hijo encarcelados, de la maestra del colegio

del pueblo que caminaba como una corza, los trabajos comunitarios de limpiar las acequias, las fiestas del pueblo con sus rondas de casa en casa, el éxodo a la ciudad o al extranjero, los guateques en Madrid donde los jóvenes del pueblo se encontraban y se enamoraban, la vuelta al pueblo tras la jubilación...

Paso a paso, fueron desgranándose las historias que residen en el recuerdo de esta gente que tiene tanto que contar. Fueron días de rosquillas y de paseos compartidos, de confidencias y de cenas, de chascarrillos y de risas. El último día, para despedirme, un vecino cocinó patatas con nísalos y comimos juntos, y brindamos por que las historias del pueblo no se queden solo en el pueblo sino que vayan más allá de los caminos empedrados. Y ese es el espíritu de este libro: que las historias de La Hiruela vuelen en estas alas de papel, recreadas por las voces más resonantes del panorama literario español.

Antonio en su coche me devolvió a la Nacional I, la carretera que conecta la capital con el norte, ese norte vaciado por el éxodo rural, ese norte que guarda recuerdos como estos: historias de otro tiempo en que la gente era vecina, historias de la precariedad y el sueño de una vida mejor, historias de la llegada a las ciudades, a buscar cómo seguir siendo pueblo, historias del regreso. Es de noche. La carretera comarcal tiene un tono plateado. No es escarcha. Es sal. Aparecen las vacas en la noche negra. Parece que vinieran a despedirse.

Ana Cristina Herreros

ZANAHORIAS

Marta Sanz

Me preguntas, Sara, cómo llegué a vivir aquí y te lo cuento. Llegué a La Hiruela hace un par de años. Ya no me gustaba vivir en Madrid. Yo, madrileña y urbanita, empecé a no reconocer los lugares en los que había crecido. Miraba las tiendas y ni entendía las palabras en inglés de sus carteles ni sabía qué producto ofrecían exactamente. Hasta ahí llegaba mi desconcierto. *Concept Store*, *Pretty Nails*, *Barber Shop*, *Gluten Free Bakery*, *Look my locker*. ¿Será una cacharrería, una ferretería, una cerrajería?, ¿qué venden aquí?, ¿un producto?, ¿un servicio?, ¿un repuesto? Me dirás que podría haber sido un poco más curiosa y un poco más receptiva. Haberme apuntado a un curso de inglés o de *Street food*. ¿Ves? Eso sí me lo aprendí. Me recriminé esa falta de curiosidad o ese cansancio, pero con la edad llegamos a un punto, Sara, en el que hay que buscar el equilibrio entre el esfuerzo que una debe hacer y lo que le exigen. Me exigían mucho y todo lo que yo aparentemente sé, mi bagaje, ya no vale para casi nada. Como si la ciudad ya no estuviese pensada para mí y, al mismo tiempo, yo no pudiese aportar ni un granito de arena a la ciudad y me escamotearan mis sitios. Mis anclajes con la vida. No me querían en casa. No me veían y, si me miraban, agazapada en un callejón, nada fotogénica, mi presencia ofendía, sorprendía un poco, como si con la mirada me formularan siempre la misma pregunta: «¿Qué hace una mujer como tú viviendo aquí?, ¿qué hace una presencia como la tuya ocupando los rincones del patio de mi recreo?», «¿Por qué metes la llave en la cerradura de ese portal?». Yo era, Sara, el elefante en la cacharrería y el burro en el garaje. La distorsión y la excepción. La muerta viviente. Hasta te podría decir que mi mera existencia

devaluaba los bienes inmuebles. El caso es que no era vista y, al mismo tiempo, se me veía demasiado.

Mi casa había dejado de ser un lugar de verdad. Era un decorado. Una feria. Empecé a no saber quiénes eran las personas que me rodeaban y ese desconocimiento no tenía una razón patológica. Siempre he tenido muy buena cabeza para los nombres y las caras; sencillamente, no reconocía porque había perdido mis referencias. El bar de la esquina. La panadería. Hasta el puesto de encurtidos del mercado. Estaba sola en una página en blanco. O no, mejor, Sara, estaba sola contra una de esas pantallas de croma, una pantalla verde sobre la que se proyectan distintos fondos. De hecho, el fondo de mi calle cambiaba cada seis meses como mucho, y se parecía al de cualquier rincón del planeta. Un callejoncito de Tokio —estuve una vez allí— o el centro de Nueva York. Ya no encontraba en Madrid aquel aire local, incluso pueblerino, que me hacía sentir tan cómoda. Tampoco es Madrid ahora una ciudad cosmopolita, Sara. Solo es una ciudad para gente con dinero en la que se celebran extravagantes encuentros deportivos. Torneos de fútbol americano. Ya no tengo edad para beber café con leche ardiente en un vaso de papel tan grande que no puedo abarcarlo con la mano. A mí me gusta el café en taza con leche tibia. Así que, como vivo sin pareja y mis vecinos iban desapareciendo a un ritmo uniformemente acelerado por razones tan diversas como la ley de vida y la ley de la oferta y la demanda, la biología y la exclusión, pues me lie la manta a la cabeza, me puse intrépida y me vine aquí. Al fin y al cabo, era propietaria de sesenta metros en un barrio del centro. Los vendí, compré aquí una casa, me quedó un remanente. Me prejubilé porque, aunque conservo una inquebrantable y obcecada confianza en la juventud, ya no encontraba ejemplos con los que mis estudiantes de plástica se sintieran estimulados.

Me instalé en La Hiruela para evitar hacerme vieja antes de tiempo. A causa del vértigo de todo lo que me rodeaba. Formo parte de un éxodo. Un éxodo bastante privilegiado, diría yo. Al principio, me daba miedo pasar frío y sentirme sola. Puede que el frío sea la sensación y la soledad el sentimiento que le va aparejado. No sabría decir si el frío es lo primero o es la soledad la que da frío y produce destemplanza. Aquí hace mucho frío, pero no me siento sola. Me siento menos sola

que hace un par de años cuando residía en una ciudad de cuatro —¿o ya son cinco?— millones de habitantes. No estoy muy al tanto de los números ni de las estadísticas. En cuanto a la temperatura, manejo la estufa y caldeo la casa. Aunque mi cultura no es rural, aquí hay intercambios comunes y cosas muy pequeñas que me hacen sentir no sé si feliz, pero bien sí. Como si hubiera recuperado mi lugar en el mundo. Y mi dimensión. Sobre todo, mi dimensión, Sara. Una mujer pequeña y un poco mayor. Me ven y parece que no desentono. Tè voy a poner un ejemplo de lo que te intento contar desde el principio.

Cada martes por la mañana, Susi nos trae las frutas y las verduras. Susi no es una mujer. Susi viene de Suso, el diminutivo de Jesús. Susi llega con su furgoneta y las clientas esperan su turno, apoyadas en sus carritos de cuadros, conversando. Casi todas son mujeres como yo, bien abrigadas en invierno, con anoraks forrados de falso borreguillo y botas de cordones. Forman la cola dentro de los rayos de sol si está nublado, y en las sombras si hace uno de esos días radicalmente azules, luminosos hasta cortar, días de un sol de justicia. El sol da gustito en invierno, pero si te da demasiado en la cabeza acaba provocándote un constipado. Hoy la primera en llegar al puesto de Susi es Mimar. Susi a menudo da explicaciones sobre su nombre a las recién llegadas. Mimar, también. Un día Mimar me reveló de dónde venía ese nombre que, además, es un verbo cuidadoso con el que muchas aprendimos a leer. Mi mamá me mima. Mi mamá me ama. Y el mimito y las mimosas. Y la mímica. Mimar y mamar y el calor de los mamíferos. Y los adjetivos y pronombres posesivos que, de algún modo, están en el origen del nombre de Mimar. Me explica Mimar un día: «Es que mi hermana pequeña me llamaba así. Mi Mar. Mi Mar. Y de ahí, Mimar...». Me pareció una preciosa razón para un nombre. Me pareció una preciosa fusión entre un verbo de amor y el mar. Un mar amable en el que una niña pequeña poco a poco va metiendo los pies, un mar en el que poco a poco va atreviéndose a entrar. Un mar sin amenaza, sin peces mordedores, cálido. Pero sin la guarrería contaminante de los mares interiores y las lagunas degradadas por los vertidos tóxicos. Mi Mar, mi Pedro, mi Huerti. Expresiones de Murcia y de Almería. Puede que de toda Andalucía. Aquí, en La Hiruela, la gente es quizá más adusta con los cariños, pero, si le das carrete, se sueltan a

hablar. A mí, Sara, me han contado cómo se enamoraron, las leyendas del pueblo, los amores secretos, las dificultades de la vida cotidiana, cómo era la casa de la maestra, por qué algunos se tuvieron que marchar de aquí para volver más tarde. Otros no regresaron nunca.

Mimar va pidiéndole a Susi lo que necesita y Susi lo mete en una bolsa, lo pesa, teclea el precio y el peso emite un pi, pi, pi. Casi nunca tenemos prisa, Sara. Algún día puede haber una excepción, pero casi nunca vamos apuradas. Conversamos al sol o a la sombra hasta que nos llega el turno: «¡Hoy te quedas sin nada, Jesús!»». Me doy cuenta de que todas las vecinas conocen el origen del nombre de Susi. Está bien poder llamar a una persona de distintas maneras. María del Mar. Mar. Mimar. Jesús. Suso. Susito. Susi. Son la misma persona y, a la vez, muchas personas diferentes. En distintas situaciones. Esas estadísticas de las que yo no estoy muy al tanto dicen que en La Hiruela vivimos no sé, ochenta y ocho, ochenta nueve personas, pero están equivocados. Somos ochenta y ocho por tres o por cuatro, porque cada uno tenemos el nombre del registro civil y el nombre familiar y el del amor y el del odio y el que te pusieron tus abuelas y el que te darán otras personas más jóvenes. Hasta el mote podemos tener. Pi, pi, pi, piii. El peso de Susi. «¡Acelgas, ponme acelgas!» Susi parece un hombre amable. «¿No tienes ajos?»», en la pregunta se detecta un rastro de indignación. «Tengo todavía calabaza, tengo...», una cliente repasa para ella, como si estuviese sola, lo que le queda y lo que no le queda antes de pedir. Yo no tengo calabaza ni la quiero, porque me da repelús. «¿Zanahorias tienes?» Pero cómo no va a tener zanahorias, mujer. Qué elocuentes son las preguntas retóricas. Susi sonríe. Asiente con la cabeza.

La llegada de Susi los martes por la mañana constituye el acontecimiento de La Hiruela. Disfruto transformando en acontecimientos todo lo que antes me pesaba, daba por supuesto, me sobraba. Comprar los ajos. Escuchar el pi, pi, piii del peso de Susi. «¡Hola, buenos días!», dice otra vecina. Se me arruga el corazón y, a la vez, imagino que habitamos una reserva, una terrario, una urna a través de cuyas paredes de cristal alguien nos mira como animales exóticos. Me pregunto si no será que la vida está en otra parte. Luego me restriego el pensamiento con agua y con jabón. Es un pensamiento malo,

Sara, que proviene de mis prejuicios. Y eso no me lo voy a consentir, porque ahora mismo me toca pedir y voy a comprar pimientos verdes, pimientos rojos, ajo y cebolla para hacer una fritada en la que preparar el bacalao. Me voy a detener en cada corte, en cada acción que emprenderé con lentitud y deleite, porque en este lugar el tiempo se expande y me permite captar el aroma del pimiento cuando el cuchillo atraviesa su carne y, ahora, me permite conversar un ratito con Mimar, que ella me cuente de dónde viene su nombre, porque ninguna de las dos vamos apuradísimas y estamos justo donde debemos estar. Nuestros cuerpos tienen sentido sobre las piedras de este pavimento. Contra el perfil de estas montañas. Ahora y aquí. Formamos parte. «¡Hasta el martes que viene, Susi!» «Adiós, adiós». Me llega a la cabeza un pensamiento que me encorajina: «¿Y si esto también acaba convertido en postal?». Fundaríamos una santa alianza para no permitirlo.

A veces, Sara, también te lo digo, la casa se me echa encima y tengo que salir a desfogarme. Camino por el bosque. Las caminatas y el aire tan puro me devuelven la alegría. El oxígeno me provoca un bostezo. Luego, deambulando por las calles, me pregunto si me habré equivocado. Los fantasmas de la casa del alcalde. El desajuste entre las horas y el falso repicar de las campanas. A las once de la mañana, siete campanadas. A la dos de la madrugada, once. El asunto tenía una explicación perfectamente científica, pero resultaba sobrecogedor para una recién llegada impresionable. Y sola. Porque soy una mujer sola, aunque aquí mi soledad sea distinta. Mis manos no se parecen a las de la mujer que pela las manzanas reineta, porque mis trabajos han sido otros. Nada supe de las maestras que vinieron al pueblo a enseñar en los años setenta —yo compartía un aula con otras cuarenta niñas—. Ignoraba lo que es un pero y qué importancia tiene el carnaval. Sin embargo, hoy, las vecinas y los vecinos me reciben y me dan sentido cuando me van contando las historias y, al contármelas, comienzan a formar parte de mí. También las mezquindades y algunas rencillas que vienen de antiguo y que en un espacio pequeño se pueden agigantar si no se llevan con cierto desenfado y cierta elegancia. Tú sabes de lo hablo, ¿verdad, Sara? Sucede en todas partes. Dibujo y pinto lo que me sorprende y me gusta. No lo sé todo y está bien que aún me

queden historias por descubrir. Estar en mi sitio solo a medias sin que nadie me acuse de vivir fuera de lugar. Estoy aquí con una inquietud, Sara. Sin un aburrimiento. Con una pata dentro y otra fuera de estos umbrales de piedra, de estas placitas, el molino y la fuente, estos senderos, las montañas y todo lo que hay más allá de la sierra y del valle, vivo en este punto diminuto, que es a la vez enorme y, si lo miras desde el cielo, a vista de pájaro, subiendo cada vez un poco más alto, no se hace más pequeño, sino que se desanuda en el aire y se me muestra en toda su extensión. Una partícula del mundo en la que tengo sentido. En mi casa, la estufa va que chuta. Tengo zanahorias y estoy bien.

WENDY EN LA HIRUELA

Ana Merino

Disponía de poco más de dos semanas para aprenderse todas las líneas de su personaje. Laura cerró los ojos y pensó que solo requería un poco de confianza para meterse de lleno en el papel de Wendy. Tenía que tranquilizarse e idear un buen plan inmersivo de trabajo que le ayudara a memorizar bien sus partes. Luego, simplemente, debía aprovechar al máximo el par de días de ensayos que la compañía había planeado hacer antes de la función.

Marcela, la productora, había sido muy clara cuando la llamó: «Te mando el vídeo y el texto, dime si tienes dudas, pero yo creo que te lo podrás preparar sin problema». Laura, que estaba emocionada con la oportunidad, dijo que sí a la sustitución, dispuesta a renunciar a su trabajo ordinario. Iba a ser Wendy, el icónico personaje de J. M. Barrie. Laura, que había estado haciendo mucha figuración en anuncios y series, necesitaba el oxígeno del escenario vivo. El teatro era su máxima aspiración, ser actriz era su sueño desde niña, una vocación que alimentaba con todo tipo de *castings* mientras trabajaba en una empresa de contratos temporales como guía turística y llevaba pequeños grupos de japoneses a ver el Museo del Prado, el Reina Sofía y el Palacio Real. Hacer de Wendy le pareció un regalo del azar, la ocasión que llevaba mucho tiempo esperando.

Pero Laura no contó con que justo al día siguiente de aquella estupenda propuesta teatral su novio Santiago, con el que vivía desde hacía tres años en un pequeño estudio, daría por terminada su relación. Santiago se había enamorado de Celia, una amiga del grupo, y se lo había confesado a Laura sin ningún filtro, porque le torturaba la idea de llevar una doble vida. Entonces la alegría de ser Wendy, de

tener un papel protagónico en una obra, se había impregnado de un profundo disgusto. La franqueza de Santiago le había golpeado el corazón y la había lanzado a una vida totalmente inesperada. El apartamento era de él, por lo que Laura, en poco menos de dos días, lo había recogido todo y se había ido de regreso a la casa de sus padres. Ellos vivían en un piso antiguo y ruidoso donde no se podía estudiar y su habitación, convertida en cuarto de trastos, le traía recuerdos deprimentes de su adolescencia.

Su madre, apenada por la desesperación de su hija, tuvo la idea: «¿Por qué no te vas unos días con tu abuela a La Hiruela? Estará encantada de tenerte. Allí tendrás espacio para estudiar tu papel y pasar página con lo de Santiago». Laura necesitaba meterse en la piel de Wendy y borrar a Santiago de su corazón, de su cerebro, de todo su ser. Triturar a Santiago y a Celia, convertirlos en embutido con una de esas máquinas que hacen carne picada. ¿Cómo no lo había visto venir?

Su relación estaba rota, su vida guardada en cajas en el trastero de la casa de sus padres y su habitación volvía a ser la cama pequeña y el pupitre lleno de pegatinas de personajes del anime, que venían con las bolsas de patatas fritas y solía comprar en la cantina del instituto. El panorama era tan lamentable que el viaje a La Hiruela, aunque fuera noviembre e hiciera bastante frío le resultó apetecible y liberador. Pasar tiempo con la abuela y estudiar su personaje de Wendy era la mejor manera de redimirse y conjurar su pena. Los veranos de su niñez en La Hiruela representaban una época feliz y luminosa. Antes del desamor, de los enamoramientos ansiosos de la adolescencia donde todo eran inseguridades y angustias, estaban las risas y los juegos de La Hiruela. Porque cuando era niña pasaba los veranos allí con los abuelos, y el amor era una sensación platónica y secreta, y no dolía ni se convertía en desencanto. La Hiruela había sido su País de Nunca Jamás, pero Laura lo había olvidado. Ya no iba a pasar los veranos con su abuela, ahora viuda. Tampoco se había animado a subir ningún fin de semana desde hacía muchísimo tiempo. Eran sus padres los que frecuentaban el pueblo e intentaban pasar allí casi todos los fines de semana. La Hiruela estaba a hora y media en coche de Madrid, pero Laura llevaba desde mayo sin pisar el pueblo.

—Dichosos los ojos, pensé que hasta la Nochebuena no te veríamos por aquí —exclamó la abuela al ver a su nieta salir del asiento trasero del coche enfundada en un plumífero, cargando con un bolsón y una mochila.

—Hola, abuela —Laura la abrazó y le dio un beso.

—Ya me ha explicado tu madre que vienes a estudiar y que las cosas con tu novio no andan bien.

—Ya no estamos juntos —respondió Laura tristonja.

—Bueno, nada que no puedas solucionar con otro novio —dijo la abuela para animar a su nieta.

—Creo, abuela, que en estos momentos lo importante es aprenderme bien el papel de Wendy, no quiero más novios.

—El teatro es ahora su gran amor —añadió la madre de Laura, mientras sacaba bolsas con comida del maletero.

El padre de Laura las escuchaba conversar silencioso en tanto que cargaba varias cajas de cervezas.

—¿Wendy? —preguntó la abuela.

Laura movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, voy a hacer una sustitución en una versión preciosa de *Peter Pan*.

—Ay, ya sabes que a tu abuelo le habría encantado, era un apasionado del teatro. El pobre no se perdía ninguna de las obras que echaban por la televisión —comentó la abuela con dulzura.

La mujer rememoró aquella época en la que solo había una televisión en el pueblo, en la casa de la señora María, y todos aprovechaban para ir allí a ver algún programa.

—¿Daban teatro por la tele? —preguntó Laura extrañada.

—Pues sí, había programas que ponían obras muy buenas. Estábamos aislados, pero con la televisión de la señora María nos apañábamos.

Laura recordó a su abuelo con tristeza. Había muerto poco antes de que se mudara a vivir con Santiago y lo habían enterrado en el cementerio del pueblo. Ahora que estaba de vuelta en La Hiruela se dio cuenta de que lo echaba muchísimo de menos, añoraba su energía recibiendo desde el marco de la puerta con una gran sonrisa.

La abuela había preparado unas deliciosas migas con manzana y torrezno. Laura pensó en lo felices que habrían sido Peter Pan y los

Niños Perdidos, Wendy, Michael y John, sus hermanos, comiendo unas migas así de ricas. En lo boba que había sido ella al espaciar tanto sus visitas, cuando era en aquel pueblo en donde mejor se comía. Hacía bastante frío en la calle, pero se sentía cobijada con la comida caliente y la estufa de leña encendida caldeando la habitación. Incluso el cuarto donde dormía era mejor que el de la casa de sus padres en Madrid. La habitación era amplia y la ventana daba a un paisaje lleno de árboles y olía a monte y a libertad. No se parecía en nada al patio de luces con olor a repollo de la casa de sus padres.

Antes de acostarse se puso a mirar por la ventana, había luna llena y la leve capa de nieve proyectaba una luminosidad misteriosa. Si viniera Peter Pan buscando su sombra por los tejados de las casas de La Hiruela, ella podría llevarlo de excursión por el pueblo y sus alrededores. Allí no había piratas ni sirenas, pero se acordó del molino harinero, y del río, y de sus amigos Pedro, Miguel y Juan, con los que solía jugar al escondite. Era tres hermanos que pasaban los veranos muy cerca de la casa de sus abuelos. Pedro, que era el mayor, tenía la misma edad que Laura, y le tocaba cuidar de sus dos hermanos, Miguel y Juan, que eran gemelos y tres años menores. Ella se lo pasaba muy bien con los tres niños, se inventaba historias para entretener a los dos gemelos y practicaba, ya entonces, sus incipientes dotes de actriz. Los días de tormenta jugaban a las cartas, al dominó y al parchís. Esos niños eran los hijos de una pareja de científicos españoles que trabajaban en Estados Unidos y los dejaban allí durante casi diez semanas con su abuela, una mujer dicharachera que se llamaba Felisa. Querían que los críos no perdieran la cultura de sus ancestros. En La Hiruela eran Pedro, Miguel y Juan, aunque en Nueva Jersey les llamaban Peter, Michael y John. En ese momento se dio cuenta de que eran los mismos personajes del libreto que estaba estudiando: ¡Peter Pan y Michael y John los hermanos de Wendy!

Recordó la risa de esos tres niños, y pensó que ellos ya habrían crecido, como ella había crecido: «Todos los niños se hacen mayores, menos uno», se dijo Laura en voz alta con una sonrisa. «No se puede pegar una sombra usando jabón, te voy a coser la sombra», Laura siguió repitiendo frases sueltas. Después se puso el pijama, aunque se dejó los calcetines porque hacía mucho frío. Sacó el libreto y se

puso a repasar las escenas arropada con una gran colcha de lana. Qué molesta era Campanilla tirándola del pelo, ella no tenía la culpa de llevarse bien con Peter Pan, de saber su historia y contársela a sus hermanos. Además, había sido Peter el que entró por su ventana y ella simplemente le había ayudado. El niño que peleaba contra el Capitán Garfio los invitaba a levantar el vuelo e ir a la isla de Nunca Jamás. «¿Volar? ¿Está muy lejos? ¿Por qué los adultos no pueden volar?», Laura susurraba con emoción mientras leía las respuestas. Peter le explicaba que los adultos no tenían imaginación y eran unos pesados.

Laura estaba a punto de cerrar los ojos y volar de la mano de ese niño vestido con hojas de árbol. Ya los había cerrado, estaba dormida y volaba con un Peter Pan que era idéntico al Pedro de su infancia, y sus hermanos eran los hermanos de Wendy. En su mente dormida todo tenía sentido.

De pronto, la despertó el repicar de las campanas de la iglesia. ¿Qué hora era? Las tres de la mañana y sonaban como si hubiera un incendio. Dos horas después dieron doce campanadas y luego volvieron a repicar como si quisieran dar noticia de algo. Laura trató de recuperar el hilo del sueño, se había sentido muy bien en ese lugar extraño de su imaginación dormida donde se mezclaban las líneas de la función con los amigos de la infancia convertidos en personajes.

Por la mañana Laura se enteró por su abuela de que las campanas de la iglesia parroquial de San Miguel no eran de verdad, eran electrónicas y una tormenta tenía la culpa de que tocaran de forma caprichosa.

—No os imagináis el lío y las peleas que se traen el alcalde y el cura con el asunto de las campanas. Primero se rompieron con una tormenta y estuvieron tres o cuatro meses sin tocar. Y vinieron el electricista de Prádena y los campaneros de Zamora, y las arreglaron. Aunque costó un pastizal y no duraron nada, porque llegó una nueva tormenta, que las descompuso otra vez, y ahora hacen los que les da la gana. Te tocan a muerto, te tocan a incendio, te tocan lo que quieren. En fin, si tienes el sueño ligero, te dan la noche.

—A mí me asustaron un poco —murmuró Laura.

—Nosotros ya nos hemos acostumbrado, todos los fines de semana es lo mismo —dijo el padre de Laura mientras mojaba las tostadas en café con leche.

—Ojalá lo arreglen pronto —añadió la madre de Laura mientras untaba el pan con deliciosa miel local.

Laura metió una cuchara en el tarro de miel y se la llevó a la boca, era tan rica como la recordaba. Miró a su abuela y le preguntó curiosa:

—Abuela, ¿te acuerdas de los niños con los que solía jugar algunos veranos?

—Claro, los que se quedaban en la casona grande de la esquina. Los nietos de la Felisa.

—Sí, esos niños —respondió Laura saboreando la miel.

—Cuando Felisa murió, vendieron la propiedad. Recuerdo que te llevaste un disgusto porque ya no volvieron, y ella era una mujer encantadora, qué pena que su hija viviera tan lejos y no se quisiera quedar con aquella casa de piedra tan bonita.

—Pues he soñado con ellos.

La madre de Laura intervino en la conversación:

—Anda, pues precisamente vimos al mayor, en octubre, en la Fiesta de la Recolectión del Pero. ¿No era el cetrero uno de los nietos de la Felisa?

—¿Pedro? —interrogó Laura.

—Es verdad, ese muchacho es el nieto de la Felisa, que en paz descanse —añadió la abuela.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? —exclamó Laura sorprendida.

—Llegaste anoche, no me has dado mucho tiempo para ponerte al día con el pueblo —dijo la abuela.

—Pero, mamá, tú sabías que Pedro había vuelto.

—No se me ocurrió contártelo, has estado tan liada que se me pasó —respondió la madre mientras recogía el desayuno.

Por la tarde los padres de Laura volvieron a Madrid; para entonces la muchacha ya se había enterado de todos los detalles sobre su antiguo amigo. Que había vuelto a La Hiruela después de casi dos décadas. Que sus hermanos y sus padres seguían en América, pero que él se había comprado una pequeña casa a las afueras del pueblo, tenía un huerto y se dedicaba a la cetrería.

—Tiene un halcón muy bonito. Pasa a saludarlo, seguro que se alegrará de verte.

Laura se fue a dormir nerviosa pero llena de curiosidad. Estudió sus líneas y pensó en Pedro con intensidad. No sabía si quería romper la magia de los recuerdos, si quedaría algo de aquel niño feliz que le contaba cosas de su vida en América y con el que se inventaba aventuras recorriendo las sendas que rodeaban el pueblo, mientras sus hermanos pequeños les seguían maravillados por todo lo que escuchaban. Buscar a Pedro era reconocer que habían crecido. Y ella en esos momentos no podía distraerse con emociones que la pudieran sacar de su personaje. Tenía que convertirse en Wendy, tenía que cobijarse en el abrazo de Peter Pan, creer en él. Por eso no fue a verlo en toda la semana. Además, ¿qué le diría?

Laura se aprendió las líneas, las recitaba en voz alta por la casa mientras se calentaba las manos en la lumbre. La vida con su abuela consistía en cocinar los peros, que eran unas manzanas deliciosas que se cortaban en rodajas finas, se rebozaban en harina y huevo y se ponían a freír. Salir a dar una vuelta corta, para sentir el frío en la cara y pensar en todas las emociones que habitaban en su Wendy.

—¿No vas a ir a ver a tu amigo? —le preguntó la abuela dos días antes de su regreso a Madrid.

—Voy a esperar a después del estreno —respondió Laura.

—¿Y eso? —interrogó la abuela.

—Recordarlo cómo era me ayuda con el personaje.

La abuela se echó a reír:

—Me alegra saber que volverás a visitarnos.

Laura sonrió pensativa, se sentía Wendy, tenía muchas ganas de pisar el escenario y estrenar la función, pero también de volver al pueblo y buscar al cetrero, al amigo de la infancia, que, sin saberlo, tanto la había ayudado. Trató de imaginarse el reencuentro. Ya no eran los niños que recorrían los senderos de La Hiruela y jugaban a inventarse aventuras misteriosas.

En la mañana de su regreso a Madrid Laura se asomó a la ventana a contemplar el hermoso paisaje de los tejados nevados con el monte a lo lejos. Mientras se despedía del lugar le sorprendió un halcón que planeaba con las alas extendidas alrededor de los tejados y se detuvo junto a su ventana a mirarla fijamente. Laura sintió una extraña emoción y dijo en voz alta las líneas más difíciles de su personaje:

«Soy mayor, Peter. Tengo más de veinte años. Crecí hace mucho tiempo». El halcón emitió un chillido apesadumbrado que parecía querer decir: «¡Prometiste que no lo harías!».

LA PIEZA SAGRADA

Pilar Adón

«Escapa como corza de la trampa,
como pájaro de la red del cazador».
Proverbios 6:5

1

Lo primero fue el barro. Una capa sobre otra de una amalgama particularmente espesa que parecía alterar los sonidos y ralentizar el ritmo de los pasos. Un barro acumulado por todas partes. En los márgenes de la carretera. Entre las piedras. Invadiendo los caminos picados por el rastro que dejaban los animales y las ruedas de los vehículos que pasaran por allí con sus surcos en paralelo. Roderas y pliegues. Huellas y estrías. Zonas negras y pegajosas que le restaban firmeza al terreno haciendo de él una materia cambiante, movediza, por la que más valía avanzar con cuidado.

El barro y, además, el frío. No había sido consciente hasta entonces de que pudiera existir un frío semejante, recorrido por los silbidos helados que le dejaban las manos inservibles, agarrotadas, y de los que nadie se atrevería a decir que procedieran del viento o del monte porque parecían emerger de las grietas de la propia tierra, de las raíces de los árboles, hasta de debajo de los soportes de la vivienda que le habían entregado para que se alojara allí y para que allí diera sus clases.

No obstante, no iba a protestar.

No podía plantear ninguna queja ante nadie porque ella misma había pedido ese destino tras manifestar como Schopenhauer que la sociabilidad excesiva era una estrategia de dispersión y una forma de evitar el pensamiento continuado. Su propósito consistía en instalarse

en un lugar aislado, retirado de todo, donde el mundo pareciera terminar en los propios muros de la casa, a salvo de la interminable cháchara de las salas de profesores. Así que rellenó los formularios y los presentó reafirmando en que solo en un sitio como aquel podría comenzar a darle forma a la vida que buscaba. Eligió las novelas, los ensayos y los tratados de filosofía moral que iba a llevarse y que leería o volvería a leer durante las horas de que dispondría después de las clases, «sin que nadie me incordie», como solía repetirse, convencida de que el puesto iba a ser suyo dado que nadie más solicitaría un destino como aquel. Dobló sus vestidos y su abrigo, envolvió en papel sus zapatos. Y allí estaba ahora, pendiente de los movimientos de los animales que se acercaban de noche. Los zorros. Los jabalíes. En una construcción que había sido un pajar antes de que ella llegara.

Eso era lo que quería. Y eso era lo que tenía.

2

«Cueza hojas de nogal. Y meta las manos dentro», fue el consejo que le dio el padre de un alumno al darse cuenta de que se llevaba los dedos a los labios para intentar calentarlos. Ella no respondió, aunque bien podría haberle preguntado que dónde iba a encontrar hojas de nogal en ese momento. Tal vez hubiera podido recogerlas en verano, pero no había estado allí durante el verano. De modo que tendría que esperar al cambio de estación, cuando los dedos ya no le dolieran ni estuvieran rojos ni hinchados.

Lo que hizo fue hundir las manos en los bolsillos del abrigo y sonreír. La sabiduría consistía en mantener una distancia equilibrada de los demás y eso hacía. A eso se dedicaba. Además de a lavar las verduras que luego cocinaba y barrer los trozos de ramas, terrones de tierra, plumas y restos de paja que invadían el suelo de piedras planas que alguien se había encargado de nivelar con cuidado para que la estancia no se convirtiera también en un lodazal cada vez que llovía. Barro por fuera y barro por dentro.

Los dos únicos ventanucos de la construcción estaban cubiertos con unas cortinas cortas de tela fea y gruesa que echaba cuando se iba

a dormir, igual que cerraba las contraventanas exteriores, pero durante el día contemplaba el paisaje que se abría ante ella roto en cuatro fragmentos a causa de los barrotes, uno vertical y otro horizontal, que cruzaban los vanos de lado a lado. Al aproximarse, identificaba el azul con el que estaban pintados, idéntico al azul de las paredes, con la misma técnica y la misma brocha, y se fijaba en el par de cuadros que, enmarcados juntos, se alzaban a una altura que impedía que pudiera mirarlos de cerca. Una película negruzca producida seguramente por la combustión de la madera se había asentado sobre ellos nublando los colores (los verdes, los marrones, los tonos grisáceos), lo que hacía que resultara difícil apreciar las figuras y los detalles. Aun así, en uno de ellos podía leer la palabra *Genoveva* bajo la imagen de una mujer sentada en el interior de una cueva en compañía de una corza que encorbaba el cuello hacia ella, como en la leyenda, y en el otro, titulado *Granizo*, distinguía lo que asumió que era otra corza, en esta ocasión atravesada por varias flechas.

Después de mirar el paisaje y después de mirar los cuadros, volvía a los niños, que seguían entregados a lo que fuera que les había pedido que hicieran. Sus cinco o seis alumnos, dependiendo del día, que llegaban temprano, dejaban los abrigos en la percha, la miraban largamente, copiaban las frases que hubiera escrito en la pizarra y después se marchaban sin despedirse, tropezándose con ella como si no estuviera. Como si su cuerpo fuera, a sus ojos, transparente. Como si no se encontrara allí mismo, ante ellos.

Un no cuerpo. Un cuerpo no presente.

¿Por qué la empujaban?

¿Y por qué se chocaban contra su mochila y su maletín sin darse la vuelta para pedirle perdón? Más aún, ¿por qué habían empezado a acercarse por las noches para dar en su puerta unos golpes rápidos y luego salir corriendo? Tres golpes seguidos de otros tres, justo los que podían permitirse antes de que ella fuera a abrir.

¿Por qué atravesar un camino tan largo para hacer algo así? ¿Solo para asustarla?

Le costaba creer que sus alumnos se comportaran de esa forma, pero cuando se levantaba, tiraba de la puerta y asomaba la cabeza, lo único que alcanzaba a oír era el sonido de unos pasos desordenados,

ligeros, alejándose en la oscuridad como si el barro no estuviera allí para frenarlos, y la única conclusión a la que llegaba, aun sin lograr ver nada, consistía en que tenían que ser los niños.

¿Quién más iba a moverse con esa agilidad?

¿Un animal?

¿Qué animal iba a dar esos golpes rítmicos e intencionados?

¿El viento? ¿Cada noche?

3

Había empezado a acostarse vestida por puro instinto, para evitar el contacto de la piel con la ropa helada y para que, si en algún momento había de verdad alguien en la puerta, no se la encontrara con las prendas de dormir. Llevaba un pañuelo protegiéndole el cuello que no se quitaba jamás, un gorro de lana y dos pares de pantalones que se ponía a la vez, uno encima de otro, sobre unas medias gruesas que embutía bajo el elástico de los calcetines para que el frío no localizara por dónde entrar y no le subiera por las piernas. Y de ese modo abría. Con una mezcla de rabia y curiosidad, como si esperara sorprenderlos en mitad del juego.

No obstante, siempre llegaba tarde. Y después tardaba en serenarse. Bebía agua. Ordenaba sus libros. Pasaba las páginas sin llegar a leer ninguna línea concreta. Recorría la habitación y se fijaba en las pinturas enmarcadas juntas entrecerrando los ojos para enfocar mejor, al tiempo que notaba cómo el frío seguía elevándose desde el suelo. Una noche se centró en el venado herido y tuvo la impresión de que la cabeza no estaba donde debía. Sin querer saber nada de lo que pudiera estar sucediendo en el exterior, se puso de puntillas para examinarla más de cerca y, tras parpadear varias veces, creyó advertir que la frente en efecto era demasiado ancha y que no parecía exactamente un hocico lo que asomaba entre las sombras, por debajo de la capa que había ido dejando el humo, sino un rostro humano girado hacia ella.

Permaneció aún un instante sin moverse, sin entender del todo qué era lo que estaba viendo, hasta que retrocedió y se pasó una mano por la cara, convencida de que alguien estaba queriendo transmitirle

algún tipo de mensaje con esos cuadros. Con los dos. Ella había ido hasta aquel lugar en busca de sosiego. Lo único que quería era vivir en calma, lejos de lo que pudiera alterarla. Y ahora ante el cuadro doble de la mujer en la cueva y la corza asaeteada entre los árboles, con el cuerpo rígido y la cabeza vuelta hacia quien la mirara, esos rasgos rotundos y a la vez frágiles, de repente dudaba. Por primera vez no acertaba a decidir si sería más conveniente perseverar o, por el contrario, ceder. Mantenerse fiel a lo que se había propuesto y resguardarse aún más o renunciar.

Ella era la extraña, la recién llegada. Siempre tan huidiza, extremadamente cautelosa y desconfiada. Dispuesta a ocultarse y a desaparecer como un animal salvaje en cuanto veía salir al último niño. «Tendría que hacerme con un perro», se dijo. «Poner cerrojos nuevos». O quizá adoptar una actitud más conciliadora. Lavarse, limpiarse. Mejorar. Quitarse de encima esa suciedad que le manchaba la piel y que bien podía ser barro o tizne de los leños. «Tal vez así me dejaran en paz».

Aunque no. No creía que fueran a dejarla en paz.

En cualquier caso, no iba a volver a abrir la puerta por la noche. Los golpes continuarían, a veces más suaves, a veces más insistentes, pero lograría aguantar firme, advirtiendo cómo el vaho de su respiración ascendía hacia el techo.

No quería su proximidad, no quería estar con ellos. ¿Iba a tener que huir? ¿Otra vez?

4

No podía ser el único individuo del mundo que deseara aislarse, que necesitara recogimiento e intimidad. Como organismo constituía una muestra más de las muy diversas formas que tenía la creación de manifestarse. ¿Cómo hacerles entender que no quería verlos por allí más que en las horas pactadas para las clases? Que no se plantasen cuando se les antojara en el que era su hogar aunque ellos lo siguieran considerando un pajar, forzándola a hacer lo que pretendía no hacer, con esa insolencia que solo les traería diversión a ellos.

—Va usted demasiado a su aire.

Oyó.

Y los demás asintieron.

Con una naturalidad desconcertante. Sin molestarse en suavizar las palabras porque nada en aquella observación parecía resultarles ofensivo.

Tuvo ganas de gritar, pero por supuesto no lo hizo. Sin embargo, algo debió de alterarse en ella. Una expresión inédita debió de brotarle en la cara. Un gesto de desagrado que consiguió que esa noche no hubiera golpes y que, en cambio, sí le llegara una sucesión de sonidos apacibles, casi mansos, que no pudo descifrar. Pensó en los caminos que la rodeaban. En la inmensidad agreste que se extendía más allá de los últimos cercados. En las encinas que veía fragmentadas desde los ventanucos y las sombras que se acumulaban entre los troncos cuando caía la tarde, siempre antes de lo esperado, como si la espesura decidiera trasladarse hacia ella para reclamarle el terreno que ocupaba en la casa.

En medio de ese silencio que le permitía escuchar el crujido de la tierra al endurecerse por el frío junto al crepitar del fuego en la chimenea, percibió un susurro que avanzaba y concluía, avanzaba y concluía, seguido de unos chasquidos que tampoco supo identificar a pesar de lo acostumbrada que creía estar a reconocer cualquier roce, transformada ya en un ser del monte.

Como tal, sin encender la luz, se levantó y recorrió el cuarto hasta llegar a la puerta. Y al abrir las vio. Al borde del camino. Con las patas alzándose sobre el barro, inmóviles y esbeltas, detenidas unas junto a otras en un semicírculo para observarla con esa atención tranquila que muestran los animales cuando no tienen miedo. Ahí estaban, esperándola. Las criaturas más afines a ella. Las corzas que habían ido a buscarla.

LA MUERTE SABE A SAL

Juan Carlos Galindo

Las campanas tocaron a muerto en La Hiruela. Era una mañana fría y dura, una mañana clásica en la Sierra del Rincón, no apta para urbanitas. Las botas de Antonio destruían, implacables, los restos del helazo de la noche anterior sobre la calzada. Subía la cuesta camino de la iglesia a buen ritmo, por la calle principal, protegido a ambos lados por robustas casas de piedra.

Poco a poco, los habitantes del pueblo se fueron congregando en torno al campanario. Fuencisla, Margarita, Juana y Mercedes llegaron juntas, un cuarteto inseparable; en sus rostros se dibujaba una mueca de aburrimiento, se dejaba notar el hartazgo, y algo más sutil que solo después comprenderían.

No se trataba de que en La Hiruela muriera mucha gente —¡qué va!— y menos mal, porque eran tan pocos, ya no llegaban ni al centenar. «Todo es culpa de ese jodido cura, que no suelta un duro para arreglar las campanas», lanzó Antonio a media voz sin que nadie lo contradijera.

Tras la última tormenta, la programación de la placa electrónica que las hacía sonar se había vuelto loca, y tan pronto tocaba a incendio y salían todos corriendo, muertos del susto, como daba las doce del mediodía a las tres de la madrugada. Un sindió, nunca mejor dicho. El alcalde había propuesto apagarlas y que cada uno se apañara con su teléfono móvil, ocurrencia interpretada por los más aguerridos lugareños como una muestra más de que ese hombre, a pesar de llevar quince años en el pueblo, no se enteraba de nada.

Sin embargo, aquel día, el último antes de que el manto del invierno cerrado bajara de lo alto de la montaña para cubrir la belleza inmaculada del pueblo, algo iba a cambiar para siempre en La Hiruela.

La presencia de dos agentes de la Guardia Civil fue el primer indicio. Junto a ellos, el alcalde, tieso como un ciprés, con cara de haberse tragado un erizo. No paraba de llegar gente y ya serían unos cincuenta, casi todos los habituales y unos cuantos curiosos de paso. Una ráfaga de viento agitó el toldo del bar, dobló la esquina, jugó con los árboles a lo lejos y se perdió. El silencio posterior vino cargado de malos augurios.

—Ha ocurrido un accidente en la carretera de acceso al pueblo —arrancó al fin uno de los agentes, el enclenque.

Nadie movió ni un músculo; el silencio se hizo con el lugar. Era gente de pocas palabras; al parecer, aquel joven vestido de verde, también.

—Hay una víctima mortal.

Primeros murmullos. Unos y otros escrutaban el corrillo a ver quién faltaba, a la caza del candidato a muerto del año. El agente avanzaba a trompicones, tan poca cosa en aquel uniforme. Al final fue Paco el Labriego quien lo ayudó. Primero, se frotó las manos, tan ásperas que el personal pudo oír el roce de la piel; después, como siempre antes de hablar, escupió al suelo una porción de la bola de tabaco alojada en su carrillo —espesa y oscura— y preguntó por todos.

—¿Va a tener a bien decirnos de quién se trata?

—Ah, sí, por supuesto —reaccionó por fin el benemérito. Su compañero, enorme y petrificado, iba camino de fusionarse con el poste de la luz—. Se llamaba Pedro Sanmartín.

—Anda, joder, uno del barrio de Salamanca —soltó un anónimo del grupo.

—¿Cómo dice? —volvió el agente, los ojos arrugados tratando de saber con quién hablaba.

—Sí, hombre, uno de los pijos de ahí arriba, de los que se compraron un chaletazo.

—Ah, de acuerdo. Bueno, el caso es que hemos podido comprobar con nuestros compañeros de Buitrago que no existe nadie con ese nombre ni que coincida con el DNI que encontramos entre sus pertenencias.

Los murmullos se transformaron en algarabía. El guardia siguió como pudo.

—Las huellas, en cambio, nos desvelaron su identidad ya que estaba fichado, muy fichado. La víctima se llamaba Juan Urriaga.

—No puede ser —intervino Quino, el dueño del bar, tras un largo interludio en el que cada uno buscó en su interior razones para obviar lo que acaban de escuchar.

—Imposible —añadió Mercedes con aspavientos.

—El hijo del Chileno —confirmó el alcalde.

Empezaron a caer copos de nieve grandes, sin prisa, y fueron asentándose en la calzada, las aceras, los tejados. Por el momento, sin embargo, todos tenían otra cosa en qué pensar.

El alcalde se disculpó por apartarlos un rato de sus obligaciones y pidió a todos los presentes que se dirigieran al bar, donde, a falta de un sitio mejor, los guardias hablarían uno por uno con ellos. Los vecinos, estupefactos ante el nuevo giro de los acontecimientos, iban a entender enseguida el porqué de aquella maniobra, si bien los hombres, sobre todo tras la contratación de Adriana la Brasileña como camarera, no necesitaban muchas excusas para acabar con sus huesos apalancados donde Quino.

—¿Conocía a la víctima? —preguntó el guardia a Fuencisla en la sala que hacía las veces de salón comedor en el bar. El ruido se filtraba por la puerta y complicaba el interrogatorio.

—¿Al Marbellas?

—¿Perdone?

—Pedro Sanmartín. Lo llamamos El Marbellas por su manía de ir por la vida en chancas de playa, o con los náuticos esos tan ridículos. ¿Ha visto usted algún barco por aquí? El caso es que sí lo conocía, claro, en este pueblo ya me dirá. Era de esos del barrio de Salamanca, como lo llamamos, todo el santo día tan ufano por ahí, que si el casoplón, que si el cochazo. Todos pensamos que traficaba, o algo así.

—¿Todos? —preguntó el agente con ansia al vislumbrar la primera luz en aquel embrollo.

—Todas, más bien. Ya sabe: Juana, Margarita, Mercedes y servidora. Pero era el sentir general, no se piense que nos inventamos las cosas.

—Ah. Ya veo.

—¿Sí?

—Pero me refería más bien a Urriaga, al verdadero hombre que se escondía detrás de Sanmartín.

—Eso ha sido un *shock*, no se crea. Pero con ese apellido tan raro tenía que ser él. Bueno, más bien su hijo, al que no conocimos realmente: se fue de muy pequeño, cuando lo de su padre.

—¿El Chileno?

—Exacto.

—¿Y qué me puede contar de eso?

—Mejor llame a Juana. Es la mayor, ¿sabe?, y se lo va a contar muchísimo mejor. Por cierto, ¿a qué viene todo este lío por un accidente en la carretera?

—Vaya a buscar a su amiga, haga el favor.

El interrogatorio se sucedió sin mucho tino por ninguna de las dos partes: los parroquianos salían del salón a los pocos minutos sin haber dicho gran cosa y sin poder contar nada reseñable en la barra, donde todos eran recibidos por Quino con un buen carajillo.

Algunos, eso sí, aprovechaban la cobertura para tratar sus asuntos.

—Pues de eso no se nada —dijo, por ejemplo, Eustaquio, famoso por su poco temple—, pero ya me dirá qué tiene de raro que alguien se mate por esa carretera de mierda. Eso sí le diré: el otro día me robaron un azadón. Y si fuera la primera vez, pero es que...

—Señor Ramírez, perdone pero no ha lugar a eso ahora.

—¡Me cago en San Judas! ¡¿Y cuándo quiere que se lo cuente?!

—Ponga una denuncia y lo vemos en tiempo y forma.

—Ya —cerró Eustaquio ya casi en la calle.

Fuencisla volvió al rato con Margarita, Mercedes y Juana. Parecía la madre de las otras, tan grande, tan fuerte, tan protectora.

—¿Qué me puede contar del Chileno? —atacó el guardia nada más quedarse a solas con Juana, cansado de todas esas conversaciones sin sentido.

—¿Cómo ha muerto Urriaga? —respondió ella.

—¿Perdone?

—¿No llevaba casco?

—¿Cómo sabía que iba en moto?

—Porque con un coche no te puedes matar por una vaca, y me parece casi la única forma de morir a la velocidad que se puede ir por ahí.

—¿Cómo dice?

—Sí, señor guardia: aquí echan sal en la carretera para que no se hiele y nos quedemos todos aislados. Algo que, de todas formas, ocurre en cuanto se pone a nevar a lo bestia. Pero bueno, a lo que iba. Lo que pasa es que a las vacas de la zona les encanta la sal. Y suben a chuparla. Se pueden quedar ahí horas, quietas, dale que te pego. Y de noche, como son negras...

—¿Negras?

—Como el fondo del infierno, señor guardia.

—Ya, claro. Menudo peligro.

—Ni que lo diga.

—Sin embargo, no estoy del todo seguro de que el traumatismo que presenta la víctima cuadre con una caída.

—Si es que van como locos, ¡como locos!

—Podría ser, sí: choca, sale despedido por encima de la vaca, el casco vuela con él, cae, se golpea... Pero parece un golpe fuerte, así como con algo romo. En cualquier caso, la caída tampoco explica que alguien haya entrado en su casa esta misma noche.

—¿En este pueblo?

—Como lo oye.

—Mire, lo del Chileno es toda una historia. El padre de este señor era un mala sombra de cuidado. Estafó a varios de aquí cuando aquello de invertir en bolsa y esas cosas eran para extraterrestres. Ya me dirá usted, en este pueblo quién iba a saber. El caso es que la gente se animó, le creyeron y se llevó todo nuestro dinero. Bueno, el de nuestros padres. Fue devastador. El pueblo empezaba a salir de la pobreza, algunos habían ahorrado algo después de tantos años de miseria, el turismo empezaba a florecer... El tipejo huyó a Chile. Allí hizo lo mismo, pero a lo grande. Volvió lleno de dinero y promesas para todos, pero no le dio tiempo a mucho: vinieron a buscarlo y se zafó por la mínima. Y ahora, resulta que el hijo regresa...

—¿El dinero no apareció nunca?

—Ni rastro, fíjese. Pero en los pueblos, sabe, siempre se exagera. Igual no era para tanto.

Las otras tres amigas entraron en tropel.

—Señoras...

—¿Este no habla nunca? —preguntó Mercedes, siempre directa, señalando con la cabeza al otro guardia, que seguía congelado.

—Esto es totalmente irregular.

—Tranquilícese, joven, que hemos venido a avisarle.

—¿De qué?

—La nevada se está poniendo fea. Si no salen en breve, se van a quedar aquí atrapados.

—¿Para tanto es?

—Y para más, señor guardia —concluyó la maniobra envolvente Margarita, que solo hablaba en condiciones extraordinarias.

—Pero no querría dejar esto aquí. Me faltan interrogatorios. Seguimos, y si hay que hacer noche, se hace.

—¿Noche? —volvió a la carga Mercedes—. Usted no es de por aquí, ¿verdad, joven? La última vez que cayó una así estuvimos incommunicados una semana.

—Nos vamos —bramó el mudo, ya camino de la puerta, su corpachón convertido en un hipopótamo en estampida, los cristales a punto de resquebrajarse, la gente asustada.

—Menos mal que ya se han llevado el cadáver y tenemos el informe preliminar —remató su compañero, recogiendo con precipitación, torpe.

El interrogador cruzó el bar y la placita a toda velocidad, a la caza de su compañero. Hubo un cambio de atmósfera, alguien pidió una ronda, todos ignoraron el ruido del todoterreno de la Guardia Civil mientras se perdía tras la cortina de nieve.

La Hiruela fue replegándose poco a poco, al abrigo de la noche incipiente, refugiados en la paz de las chimeneas. En una de aquellas casas que lo aguantan todo, las cuatro amigas se calentaban frente al hogar.

—¿Creéis que volverán? —preguntó Mercedes.

—¿Esos? Ni locos —respondió Margarita.

—Amigas, ha sido más fácil de lo que esperábamos —concluyó Fuencisla, un dedo sobre la pequeña herida de su mano callosa, el brazo forzando la tela de la camisa.

En la esquina de la estancia, un azadón apoyado contra la pared daba al lugar una nota disonante. Tenía la cabeza suelta, como si se hubiera usado para golpear contra algo duro. Las cuatro miraron al suelo, donde dos bolsas de deporte repletas de billetes de quinientos euros les mostraban su futuro y el del pueblo.

POR QUIÉN CALLAN LAS CAMPANAS

Benjamín Prado

Hacía por lo menos cincuenta años que no moría nadie en aquel pueblo. Las vendedoras de flores que antes iban allí el Día de Todos los Santos, con sus crisantemos, sus gladiolos y sus claveles, o con rosas por San Valentín, ya no aparecían en la Plaza Mayor ni pregonaban su mercancía con un megáfono que volvía sus voces de hierro. El enterrador municipal se había jubilado y su plaza no había sido cubierta. Y el cementerio sobrevivía al borde del abandono, sin más actividad que la de algún vecino que fuese a limpiar la sepultura de sus antepasados. La iglesia seguía congregando a algunos fieles que asistían a sus misas, pero el sacerdote estaba preocupado: sin miedo no hay fe, y la gente no estaba asustada desde que no sentía la amenaza del juicio final. Y todo, por culpa de las campanas.

A las antiguas, las de bronce, las había inutilizado una tormenta eléctrica nunca vista antes por esos lugares: aún quedaban un par de habitantes, ya centenarios, que recordaban aquella noche huracanada, los cielos que parecían llenos de leones, el rayo que cayó como un latigazo sobre la torre y el ruido de gigante derribado que pareció salir de las profundidades del templo. Desde entonces, las campanas guardaron silencio: aquel cuchillo del más allá las había agrietado e inutilizado.

Cuando las aguas volvieron a su cauce, hubo reuniones, se pusieron sobre la mesa diferentes posibilidades, se estudiaron presupuestos... Pero montar andamios, traer grúas y demás resultaba inviable, la factura de esos trabajos no se podría asumir; y mandar hacer e instalar unas campanas nuevas resultaba aún más caro. Así que se decidió de forma unánime sustituirlas por unas falsas, poner un sistema de sonido con unos potentes altavoces y aquí paz y después gloria.

Pero el invento no funcionó. El mecanismo fallaba. No se sabía el porqué, no encontraban los motivos ni el error los técnicos de la empresa que lo había instalado. Por más que revisaban piezas, hacían comprobaciones y lo dejaban listo para su uso, en cuanto se iban con la música a otra parte, aquel aparato se volvía loco, tocaba a funeral sin que nadie hubiese fallecido, a incendio cuando nada se quemaba... La primera Nochevieja tras el cataclismo, fue imposible tomar las doce uvas: se detuvo en la cuarta y hubo que acabar el ritual de entrada con buen pie en el año nuevo al viejo estilo, con un reloj, una sartén y una cuchara de palo que manejaba el alcalde. Y después vino la maldición, aquel fenómeno con aires de magia negra que algunos interpretaron como una simple desgracia y otros como un castigo de Dios. Hay incluso quien sostiene que se trata de un castigo o una venganza de esos animales carroñeros, por haberles echado del nombre de la villa, que antes se llamaba La Hiruela de Buitrago.

Una mañana, se vieron en el horizonte las siluetas de dos pájaros que se acercaban a la población, volando de un modo terrorífico o majestuoso, según a quién se lo preguntaras. Los que las veían aproximarse iban sorprendiéndose cada vez más de su tamaño: aquello no eran águilas, como creyeron al principio; ni exactamente buitres, eso tampoco, porque aunque se parecían a ellos, al posarse en la torre se vio que eran mucho más grandes; de hecho, quienes observaban a esas criaturas se quedaron paralizados al comprobar hasta qué punto era descomunal y como de otro planeta o tiempo su envergadura, pero más aún, a causa de su aspecto feroz: los ojos eran de color amarillo y destellaban de maldad, tenían algo hipnótico, te atraían como un canto de sirena, pero al mismo tiempo te daban ganas de huir, estaban llenos de odio, de sadismo, lanzaban a un lado y otro las miradas venenosas de quien busca algo que cazar o alguien a quien hacer sufrir: el pico era curvo y anaranjado y las garras enormes, con unas uñas afiladas y del tamaño de un cuchillo de monte... Pero fuesen lo que fuesen esos demonios inverosímiles, llegasen de donde llegasen y los enviara quién sabe qué mente perversa, lo que quedó meridianamente claro fue a qué iban: la pareja de monstruos del aire, con una brutalidad y una eficacia gemelas, arrancó el artilugio destinado a dar las campanadas y se lo llevó hacia no sabemos qué mundos o infiernos.

El suceso ocupó todas las conversaciones durante años, y todavía era un tema recurrente entre los parroquianos que charlaban en el bar o al sol en los bancos públicos; aunque, naturalmente, la leyenda cada vez era más laberíntica y las fieras aladas más grandes, más estremecedoras: según ciertas versiones, incluso hablaban, tenían una voz que sonaba como el siseo de una serpiente y se les oyó decir la frase: «Hasta que todos los ríos estén hechos de la sangre del diablo».

Esos acontecimientos, como digo, ocurrieron hace ya mucho, pero se recordaban hasta el último detalle, con las exageraciones que se quiera pero sin caer en el olvido, porque las personas que quedaban en aquel lugar, nadie sabe si bendito o maldito, eran exactamente las mismas que ahora: desde entonces no se había producido deceso alguno, nadie se fue para el otro barrio ni dio el más mínimo síntoma de enfermedad: de hecho, otro de los negocios que tuvo que echar el cierre fue la farmacia. Los cumpleaños se sucedían, las estaciones cambiaban, las mujeres y los hombres envejecían, aunque se hubiera dicho que más despacio de lo normal, y el planeta no dejó ni mucho menos de girar allí lo mismo que en todas partes, siguió habiendo mañanas y noches, tardes de lluvia y de sol, temperaturas frías y cálidas... Todos despertaban, pero ninguno dormía el sueño eterno. Todos respiraban, pero nadie espiraba.

A cambio, tampoco se producían nacimientos. O no los hubo cuando aún era posible, mientras algunas de las personas que residían allí estaban en edad fértil. Suponemos que tendrían intimidad, deseos y relaciones amorosas, nada parece indicar que no pudieran hacerlo, pero el caso es que la natalidad no es que bajase, sino que desapareció. Los niños que había cuando llegaron aquellas dos fieras de ultratumba, que era lo que se les consideraba de forma mayoritaria, ya habían crecido, eran adultos, y por lo tanto en las calles no se escuchaban, como en el pasado, risas ni timbres de bicicletas, carreras ni balones que golpearan los muros. La escuela tampoco volvió a abrir sus puertas. Los últimos números escritos por la mano de una profesora o un maestro en sus encerados debían de parecer inscripciones de una civilización extinguida.

Yo estoy aquí, en La Hiruela, porque me han invitado a escribir algo sobre este municipio, que es uno de los menos poblados de la

Comunidad de Madrid, a la que pertenece desde 1838, después de haber formado parte de Segovia y Guadalajara. Me atraía la idea de ver la famosa arquitectura negra de la zona y, antes que nada, la posibilidad de descansar tres días laborables, sin correr el riesgo de la llegada del turismo local de fin de semana; en plena naturaleza, rodeado por los paisajes sanadores de la Sierra del Rincón. Si algo necesitaba era lo que he hecho desde mi llegada, que ha sido pasear sin agobios por un bosque encantador y ver correr el agua inocente de los arroyos. Esta calma está resultando medicinal para mí, que llevo una temporada de viajes y problemas que no vienen al caso pero que me han dejado en la reserva. Así que, nada más instalarme, he salido a tomar el fresco y a respirar oxígeno puro; he hablado con algunos lugareños y uno hasta me ha recibido en su casa, que si tengo que ser sincero me ha parecido hermosa pero también inquietante, envuelta en el misterio geométrico de sus pizarras domesticadas. Me ha servido un vino recio, que me pareció que tenía demasiados grados, y al tercer vaso se le ha soltado la lengua y me ha contado, bajo los efectos del alcohol, la historia que acabo de resumirles.

Esta noche, degustaré los platos del hotel-restaurante donde me alojo, Casa Aldaba, de cuya tarta de manzana se hablan auténticas maravillas. Y mañana no me perderé el Museo Etnográfico, ni el Molino Harinero a orillas del Jarama, que para mí es, por encima de todo, esa novela de Rafael Sánchez Ferlosio que a los lectores nos parecía una obra maestra y de la que él renegaba... Y, por supuesto, seguiré tomando notas para el relato que me encargó la gente de La Fábrica. Si me organizo bien, puede que me de una vuelta por el hayedo de Montejo y por los valles de La Puebla. Lo pienso disfrutar a cámara lenta, sin prisas ni teléfonos en la mano. Setenta y dos horas sin pisar aeropuertos o estaciones de tren son para mí un tesoro.

Y, de hecho, ya he tenido mi primera recompensa en mi búsqueda de descanso, porque nada más entrar en mi cuarto, desde el que se ve una increíble dehesa de robles, me he debido de quedar profundamente dormido. Imagínense si estaba en otro mundo que he tenido una pesadilla en la que volvía a ver al hombre del que les he hablado, el que me ha acogido en su salón, se ha pasado con la botella y, para darse importancia, me repetía una y otra vez que estaba hablando más

de la cuenta. Ya me había llamado en él la atención la intensidad de sus pupilas, que tenían algo de felinas y un tono amarillento, como de oro desgastado, aunque, eso sí, no tan pronunciado como el que le he visto en el sueño, donde incluso daban la impresión de estar en llamas. Y, desde luego, en la realidad tampoco hacía lo que en la alucinación o como se la quiera llamar, porque en ella, ese individuo de cara innegablemente un poco rapaz y dientes como de tigre me espiaba desde el otro lado de la ventana de mi habitación, que está en el segundo piso; es decir, que flotaba y, de hecho, tras mostrar una sonrisa que helaba los huesos, lanzó una bocanada de vaho a los cristales y dibujó algo con el dedo, sobre el vidrio. Lo extraño es que la frase sigue ahí, dice: «Hasta que todos los ríos estén hechos de la sangre del diablo». Sin duda, la he debido de escribir yo mismo. No sabía que era sonámbulo. Tampoco sabía que ya habían arreglado las campanas de La Hiruela, que ahora mismo han empezado a sonar.

Edición
La Fábrica

Textos
Pilar Adón
Juan Carlos Galindo
Ana Merino
Benjamín Prado
Marta Sanz

Edición de textos
Ana Cristina Herreros

Diseño original
Garay, Gil, Pita @ La Fábrica

Diseño de cubierta
Mario Cano

Maquetación
Myriam López Consalvi

Producción
Adriana Rodríguez

Impresión
Cofás Artes Gráficas

© de esta edición: La Fábrica, 2026
© de los textos: sus autores

ISBN
979-13-87960-36-0

Depósito Legal
M-16136-2026

Impreso en España

eñe

Dirección
Luis Posada

Dirección artística
Jesús Ruiz Mantilla

Coordinación general
Gerardo Silva

La Fábrica
Verónica, 13
28014 Madrid
T. +34 91 360 13 20
edicion@lafabrica.com
www.lafabrica.com

Las tipografías utilizadas en este libro son Plantin y Adelle Sans para la cubierta y Janson Text para el interior, y ha sido impreso en papeles Coral Book Natural de 120 g (interior) y Munkens Polar de 300 g (cubierta).

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Por quién callan las campanas y otros cuentos de La Hiruela

Pilar Adón, Juan Carlos Galindo, Ana Merino, Benjamín Prado, Marta Sanz

Este libro recoge cinco cuentos inspirados en las historias que las vecinas y vecinos de La Hiruela fueron recordando en otoño de 2025 mientras hacíamos rosquillas o paseábamos por los caminos por donde un día transitaban ganados y personas. Entretanto, en Madrid, los mejores autores de nuestro panorama literario se daban cita en el Festival Eñe. De entre ellos, Pilar Adón, Juan Carlos Galindo, Ana Merino, Benjamín Prado y Marta Sanz han puesto alas de papel a lo que fue voz, para que estas historias no se queden en el pueblo, sino que lleguen más allá de los caminos empedrados.